

Al servicio de una comunidad de escucha y de anuncio

El ministerio de la autoridad en la Vida Consagrada

Nápoles, 6 de Noviembre de 2008

P. José Ornelas Carvalho
Sacerdotes del Sagrado Corazón de Jesús
(Dehonianos)

INTRODUCCIÓN

Autoridad y obediencia son temas que suscitan en la sociedad y en la Iglesia de nuestros días una amplia discusión, provocando una gran variedad de interpretaciones, donde los argumentos racionales y emocionales se entrecruzan no siempre de forma armónica. Su relevancia dentro de la Iglesia, y particularmente de la Vida Consagrada (VC), viene reconocida en la Instrucción, recientemente publicada de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica (CIVCSVA)¹, y se confirma en el número de encuentros y publicaciones sobre el tema surgidos en los últimos tiempos. Nuestro encuentro se inserta en esta búsqueda de comprensión y de encuadramiento de una temática tan importante para la VC, que se encuentra afrontando nuevas exigencias, tanto desde el punto de vista de la comprensión dentro de las comunidades, así como de condicionamientos externos que en ellas influyen.

El tema que se me pidió parte del contenido de la ya mencionada Instrucción, más precisamente de la tercera parte, dedicada a la obediencia en el contexto de la misión. Sin embargo, mantendré el esquema presentado en el documento, buscando mostrar cómo la misión se desarrolla a partir de la idea misma de consagración a Dios, vivida en el contexto de la vida de comunión fraterna.

Presentaré una reflexión sobre el tema, partiendo de cuatro imágenes bíblicas que me parecen particularmente inspirantes de la VC y especialmente del servicio de la autoridad y de la obediencia. En realidad, teniendo en cuenta la composición de nuestra asamblea, me ocuparé sobre todo del papel y de las actitudes de aquellos que desarrollan tareas de autoridad. Más que un sistemático estudio del tema, buscaré compartir con vosotros, a partir de la obser-

¹ Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, *El servicio de la autoridad y la obediencia. Faciem tuam, Domine, requiram*, Ciudad del Vaticano, 2008.

vacación, experiencia y reflexión, algunos aspectos que me parecen particularmente importantes para el buen desempeño del servicio de la autoridad en nuestras comunidades.

1. Ese es mi hermano, mi hermana y mi madre

La primera imagen que quisiera proponer para esta reflexión es la del grupo de discípulos que están a la escucha de Jesús, cuando su familia lo va a buscar para llevárselo a casa:

Llegan su madre y sus hermanos, y quedándose fuera, le envían a llamar. Estaba mucha gente sentada a su alrededor. Le dicen: «¡Oye!, tu madre, tus hermanos y tus hermanas están fuera y te buscan». El les responde: «¿Quién es mi madre y mis hermanos?». Y mirando en torno a los que estaban sentados en corro, a su alrededor, dice: «Estos son mi madre y mis hermanos. Quien cumpla la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre» (Mc 3,31-35).

1.1 La narración

En el contexto de los sinópticos, y particularmente de Marcos, esta escena constituye un **punto de importante cambio narrativo**. Tras el desencuentro con las autoridades judías, Jesús deja la ciudad y se dirige hacia el mar, seguido de una multitud de gente, oriunda del territorio de Israel, pero también de las regiones paganas que lo circundan. Es el inicio de la nueva comunidad y del nuevo pueblo. Lo que tiene en común no es más el vínculo de la sangre y de la tradición, pero la escucha de la palabra de Jesús.

La preocupación y la voluntad de **control de la familia de sangre y el rechazo categórico de los representantes de la autoridad** — "...por el príncipe de los demonios expulsa los demonios!" (Mc 3,22) — acentúan, en esta narración, el clima de ruptura y de elección de aquel que retienen haber hecho un descubrimiento tan importante de hacer reordenar todo el esquema de la propia vida y apostar por el futuro a la luz de la palabra de Jesús, que les presenta la voluntad/proyecto de Dios.

Junto a esta tensión, que lleva a la afirmación de la libertad respecto a la familia/tradición/cultura, para adherir y colaborar en la construcción del nuevo mundo, se impone, sin embargo, la **recuperación de la imagen de la familia** para el grupo que se encuentra en torno a Jesús: "estos son mi hermano, mi hermana y mi madre". La propuesta de Jesús no significa una ruptura con la realidad humanizante de la familia, pero además su apertura a los nuevos horizontes geográficos y culturales de la diversidad de aquellos que escuchan y acogen la palabra.

1.2 La nueva familia en torno a Jesús

La escucha de la palabra de Jesús y la aceptación de la voluntad de Dios son las dos primeras componentes del discipulado que está en la base de la vida cristiana y particularmente de la VC. Esta opción radical hace evidentes los dos trazos complementarios de la narración arriba mencionados: de una parte, la separación respecto a la familia de origen y de otra, la constitución de otro tipo de familia.

La renuncia a la familia de origen y a la constitución de la propia familia de sangre es el primer paso para **hacerse libre al servicio del proyecto de Dios, de una nueva familia que comprende todos los pueblos de la tierra**. Como la partida de Abraham de su tierra, o de Moisés de Egipto hacia el mar, el proyecto de Dios no tiene como objetivo la renuncia — si bien necesaria — pero el don de una tierra, una familia y un pueblo nuevos. Esta nueva realidad no estará basada sobre la atracción de la sangre o de la cultura, que excluye siempre aquellos que no os pertenecen, pero sobre el designio y el amor universal de Dios.

Esto *no significa, sin embargo, que los consagrados/as sean personas privadas de raíces, de tradición o de afectos*. Bien al contrario, la adhesión a Dios, fuente del amor que no conoce confines, permite ampliar el círculo de aquellos a los cuales dirigir la atención, la dedicación y el amor, propios de la familia humana. La comunidad se convierte el lugar de purificación y de desarrollo de la afectividad madura y de todos los dones personales, donde cada uno viene acogido y donde puede poner al servicio de los demás las propias capacidades.

De hecho, la plenitud del Reino de Dios, en el mundo por venir, no quita importancia al mundo presente, como si esto fuese tan solo una antecámara o un corredor de pasaje hacia el paraíso. La primera realización del Reino tiene lugar en este mundo, con la aceptación del don de Dios y la transformación de las relaciones entre las personas. Por ello, *no hay verdad ni credibilidad en una consagración o en una espiritualidad que no se conviertan en comunión fraterna*. La fraternidad en sí misma, no obstante su carácter siempre imperfecto sobre la tierra, se convierta en la primera realización del Reino de Dios, testimonio y presencia sacramental del Señor resucitado y signo profético de la nueva humanidad generada por el Espíritu.

La construcción de esta familia representa la *tarea fundamental de aquellos que siguen a Jesús*. Para los consagrados, esta es la primera misión: "En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros" (Jn 13,35). Ella requiere una constante purificación del corazón y de las actitudes en el ámbito personal, pero también una congruente organización de la vida común, en modo de poder convertirte en afirmación de la presencia del Reino de Dios. Esta debe ser también el testimonio que la VC da de sí misma. La fraternidad constituye, además, la invitación eficaz que puede llevar a otros a desear adherirse a una comunidad, donde, en la acogida, en la escucha de la palabra y en el amor fraterno pueden descubrir los gestos reveladores de la presencia del Señor.

1.3 Los que hacen la voluntad del Padre [8-15]

El origen, el centro de convergencia y el cemento de esta nueva familia reunida en torno a Jesús, no son los lazos de familia o clan, la uniformidad cultural o la defensa de comunes intereses de grupo, sino *la escucha y la obediencia*. En hebreo, los dos términos se expresan con el único vocablo *shem'a*. Para la comunidad eclesial, y particularmente para los consagrados/as, la imagen de los discípulos reunidos en torno a Jesús, que se disponen a escuchar/buscar/obedecer a la voluntad de Dios, se convierte en el icono de la propia existencia y misión.

Estar junto en la escucha constituye el *punto de partida de los papeles y funciones que están al servicio de la comunidad*, incluso el de la autoridad. En la vida comunitaria, es muy importante el mirarse recíprocamente, compartir, discutir y buscar, partiendo de las ideas, críticas y sugerencias de todos; pero, en la base de esto debe estar mirar juntos al Maestro y escuchar su voz. Esta es la única verdadera Autoridad, que fundamenta la única Obediencia. Todas las demás formas de organizar, ordenar y obedecer no pueden ser sino expresiones de esta actitud esencial que reúne a todos en torno a Jesús, como hermanas y hermanos.

Modelo de esta actitud es justamente Jesús. Desde su venida al mundo — "He aquí que vengo para hacer, Dios, tu voluntad" (Hb 10,7) — hasta la consumación dramática de esta elección — "siendo Hijo, aprendió la obediencia de esto que sufrió" (Hb 5,9) — su vida está dedicada a la búsqueda y la realización de la voluntad/proyecto del Padre de traer la salvación a la humanidad. Por esto, en la obediencia de Jesús, están ya contenidas su comunión solidaria con la humanidad y su misión de salvación. Es más, su vida no es sino la explicitación de la voluntad del Padre, en la realidad humana. Aprender la obediencia en el sufrimiento no es la expresión de un Dios insensible que exige la sumisión del propio Hijo, indiferente a su dolor y angustia, pero sobretudo el camino de sintonía del proyecto de Jesús con el del Padre, que lo

lleva a hacer de la propia existencia un don de amor para la vida del mundo, también cuando esto significa sufrimiento y muerte. Por esto se ha convertido en fuente y camino de salvación. Esta es también su "autoridad" respecto a los creyentes y la Iglesia: el don de la vida.

La vida de nuestros fundadores/fundadoras es la confirmación de este camino. De la escucha y del discernimiento obediente del Espíritu nació el carisma con el cual han enriquecido la Iglesia. De esta actitud obediente brota también el modo de vivir y la misión que caracterizan a cada uno de nuestros institutos.

Estas son también, para las comunidades consagradas, las fuentes de vida y de misión, así como de nuestra obediencia y de la autoridad que se encuentra a su servicio. Juntos, según el papel de cada uno, nos encontramos en torno a Cristo, para escuchar de él el modo de cumplir en cada momento de la vida y de la historia la voluntad del Padre.

1.4 Actitudes: los primeros en la escucha y en el servicio

Esta primera imagen indica también el terreno propicio para entender el servicio de la autoridad y para inspirar el estilo de actuación de aquellos que los desarrollan. Primero de todo, es esencial que ellos se consideren como ***hermanos/as en medio de los demás***. Ningún título, función o encargo les puede sustraer de ese círculo fraterno, en torno a Jesús, donde todos escuchan con alegría y apertura de corazón y buscan, con honestidad y disponibilidad, la voluntad de Dios.

Presidir la comunidad o desarrollar cualquier otro servicio en su favor, son motivos para ser ***los primeros en la escucha de Dios***, sea en la oración personal, sea en el diálogo con los hermanos/as, momento en el que, a menudo, Él manifiesta Su voluntad. Particularmente en relación al servicio de la autoridad, la oración no debe ser vista como una oficina de informaciones o de consultoría apresurada, sino como un estar ante Dios y dejarse plasmar por Él, en modo a ser capaces de mirar, decidir y actuar con sus criterios. Pero escuchar la voz de Dios significa también ofrecer tiempo, ambiente y oportunidad a los hermanos/as, porque, normalmente, también a través de ellos se hace sentir la voz del Espíritu.

El servicio de la autoridad se hace, ante todo, ***guía y promotor de la escucha y de la búsqueda de la voluntad del Padre***, para la vida y las decisiones concretas de las propias comunidades, sobretodo, como recuerda nuestra Instrucción, trámite la oración, la lectio divina y la eucaristía. Si falta esta base común, entrarán otras motivaciones y criterios de evaluación y de asociación, como el propio interés y comodidad, la convergencia étnica o cultural, la búsqueda del poder y del dominio sobre los demás, que pervertirán la vida y el objetivo de la comunidad.

Es a la sombra de la palabra del Maestro que surge la fraternidad que une a aquellos que escuchan. El servicio de la autoridad tiene un papel importante en la formación de este círculo de escucha. Por ello, sin renunciar al propio papel y responsabilidad, aquel que preside ***no se puede nunca colocar en el puesto del Maestro***, pero debe considerarse siempre como hermano/a entre los otros. Así se podrá hacer promotor de ese espacio de compartir, colaboración y corresponsabilidad que deben distinguir la comunidad.

La actitud de Jesús con los discípulos en Jn 15,15, puede servir como conclusión de esta primera imagen de la VC. En el momento de despedirse de los discípulos, Jesús les declara: ***"Ya no os llamo siervos, sino amigos, porque os he hecho conocer todo lo que oí a mi Padre"***. El servicio de la autoridad debe hacerse promotor de estas relaciones de fraterna amistad, fundada en el compartir de la palabra y de los proyectos del Padre.

2. Recibiréis el Espíritu Santo

La segunda imagen de la Vida Consagrada que quisiera proponer a nuestra consideración es la de la comunidad de Pentecostés, tras la muerte y resurrección de Jesús. Una comunidad que persevera junta en la oración de espera y que se deja llevar por el fuego del Espíritu, que hace efectiva la comunión, llena de sus dones a los creyentes y los impulsa a la misión en todo el mundo.

Entonces se volvieron a Jerusalén desde el monte llamado de los Olivos, que dista poco de Jerusalén, el espacio de un camino sabático. Y cuando llegaron subieron a la estancia superior, donde vivían, Pedro, Juan, Santiago y Andrés; Felipe y Tomás; Bartolomé y Mateo; Santiago de Alfeo, Simón el Zelotes y Judas de Santiago. Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos (Hch 1,12-14).

Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse (Hch 2,1ss).

2.1 La narración

La persona de Jesús y la comunidad de los discípulos en torno a Él constituyen para la Iglesia un punto de partida no descuidable para la experiencia de fe. Pero esto quedaría históricamente fijo en el pasado y sería radicalmente insuficiente para explicar el ser de la Iglesia, si no fuese la presencia del Espíritu de Jesús quien hace presente y activa la memoria del pasado y suscita constantemente nuevas formas de vida y de misión en cada época de la Iglesia.

Juan Bautista ya había anunciado esta efusión del Espíritu como realización de las profecías sobre los tiempos mesiánicos. Su misión es solo una preparación en vista a la transformación del mundo que esta por llegar por obra del Espíritu: "Yo os bautizo con agua... pero él os bautizará con Espíritu Santo y fuego" (Lc 3,16). La vida de Jesús está toda ella explicada a la luz de su comunión con el Padre y la presencia del Espíritu que lo acompaña (Mc 1,9-11).

Es este mismo Espíritu, prometido por el Resucitado a sus discípulos (cf. Jn 16,5-15; Hch 1,8), que ahora vivifica la comunidad que lo espera. **La misión de Jesús no estaría cumplida sin este don de lo alto.** La continuación de su misión no se hace solo por imitación del pasado, sino que es eficaz, porque es obrada por el mismo Espíritu que actuaba en Jesús. El tiempo de la Iglesia es sobretodo el tiempo del Espíritu.

2.2 Comunidad renovada por el Espíritu

Pentecostés representa el nacimiento y la vida de una comunidad que espera y pide en la oración el don de lo alto y que se descubre unida en la diversidad de los pueblos y de las lenguas, libre del miedo y de los límites culturales y geográficos, para dar testimonio, hasta los confines de la tierra. Esto no es un cuadro idílico del pasado, sino una realidad constante a lo largo de los siglos. A las comunidades de los tiempos apostólicos no les faltaron dificultades internas y externas, dudas, cansancios, tensiones, así como defecciones, incoherencias y

traiciones. Pero, a través de esta trabajosa realidad histórica, el Espíritu no cesó de guiar y de renovar su Iglesia, mientras que ésta se difundía dentro del Imperio romano más allá de sus fronteras, para alcanzar a muchos otros pueblos.

A lo largo de toda la historia, la **VC representa una de las más expresivas manifestaciones de la presencia del Espíritu en la comunidad eclesial**. Bajo su influjo, los fundadores y fundadoras han vuelto a escuchar, a vivir y a dar nuevas expresiones al mensaje evangélico, enriqueciendo a la Iglesia con sus carismas. Una muchedumbre inmensa de hermanos y hermanas ha recorrido los caminos de la humanidad, llevando el testimonio de la presencia de Dios en nuestro mundo, de la universal hermandad del Evangelio, de la misericordia por los más necesitados, del don de sí mismos por amor, como contribución a la transformación del mundo.

Hoy, este Espíritu no se apagó en nuestras comunidades. Quizás como los discípulos de Emaús, muchas veces tenemos los ojos demasiado anegados por la tristeza y por discursos desfasados sobre el estado de la sociedad y de la Iglesia, para reconocer la presencia del Resucitado que camina con nosotros. Como la comunidad apostólica, tenemos una relación esencial con la tradición del pasado evangélico y de nuestros fundadores, pero debemos entender esta herencia a la luz de la presencia del Espíritu que la hace viva, operante y fecunda en el mundo de hoy. Sin cerrar los ojos ante las dificultades procedentes de la sociedad actual y de las crisis internas, una mirada de fe a los centenares de miles de consagrados/as que se dedican al anuncio del Evangelio, a la formación de la juventud, al cuidado de los más débiles, a la construcción de la justicia y de la paz, puede revelarnos la fuerza dinámica del Espíritu operante en la Iglesia y en el mundo.

Como en todas las épocas de cambio, ciertamente **no faltan dificultades internas y externas**, desorientaciones, búsqueda de soluciones para caminos sin salida; pero no creo que los tiempos de Jesús o de nuestros fundadores/as fuesen mejores que los nuestros. Si encontramos las dificultades, tenemos una razón más para buscar, con fe y esperanza, las soluciones para los problemas. La oposición y la indiferencia externas, así como los signos de crisis y decadencia dentro de nuestras comunidades son llamadas insistentes del Espíritu para salir de nuestro acomodamiento y desilusionada resignación, a la búsqueda de caminos de renovada fidelidad y de nuevas formas de hacer presente a Cristo en nuestra sociedad. La disminución de los números debe ser seriamente tomada en consideración, pero no nos debe quitar la serenidad: la VC no se destina a la gran multitud. Importante es que el pequeño rebaño haga un convincente testimonio de la alegría de seguir al pastor que lo guía.

Dentro de la VC, es importante **no considerar la presencia del Espíritu tan solo en la etapa de la fundación carismática**, sino como una presencia actual y constante que hace posible una fidelidad creadora a la herencia recibida. No somos conservadores de museos o pastores de ruinas, sino gente bien consciente del valor y de la fuerza del tesoro del pasado, el cual es capaz de adaptarse y de producir frutos adecuados a cada época de la historia, porque nació y continua a siendo dinámicamente alimentado por el Espíritu. Es sobretodo al servicio de esta fidelidad dinámica que se coloca el papel de la autoridad.

Típica de la presencia del Espíritu es **la diversidad lingüística y cultural** en la construcción de la comunidad. Hoy vivimos de modo muy concreto y nuevo esta realidad. La misión llevó a la Iglesia y a nuestros institutos al contacto con una multitud de culturas y nacionalidades y nuestras comunidades están cada vez más compuestas de hermanos/as de estos diferentes orígenes. Este hecho representa una riqueza, pero también un desafío para crear fraternidad a partir de toda esta diversidad. Tal es precisamente el trabajo del Espíritu, siguiendo el recorrido que hemos hecho antes de escucha de la Palabra y obediencia al proyecto universal de Dios.

La multi-culturalidad representa también un *gran desafío en el ámbito del propio carisma*, que debe ser "traducido" y enriquecido en las diferentes culturas, aun manteniendo la unidad común. Este proceso está apenas comenzando, porque en la mayoría de los institutos, solo ahora los miembros de las nuevas presencias están llegando a la situación de poder dar una válida contribución en esta dirección. En la gran mayoría, los institutos internacionales de VC han nacido en Europa y están ligados a la mentalidad cultural y eclesial de sus orígenes, tanto en el ámbito de la fundación de los principios, así como de las expresiones del carisma, y de la devoción o aún del estilo de organización y gobierno. La apertura a la diversidad cultural debe saber distinguir lo que constituye el irrenunciable patrimonio común y lo que, sin embargo, puede y debe adaptarse a la realidad de cada contexto cultural donde se encuentran los hermanos/as.

Dada su misma realidad de comunión multi-cultural, la VC está llamada a dar una *contribución significativa a la universalidad de la Iglesia*, a través del intercambio de personas, de tradiciones, de sensibilidades espirituales y de experiencias pastorales. Para esto, es necesario que se integre en la realidad de la iglesia local. No puede dar la idea de ser una multinacional religiosa, dirigida desde el exterior cuyos intereses poco se entrecruzan con los de la iglesia local. Por otra parte, si los institutos subrayan de tal modo la dimensión local en detrimento de la comunión con los hermanos/as de todo el mundo, no son ya capaces de dar a la iglesia local la contribución de universalidad y la aportación de la experiencia de otras iglesias que debe caracterizar su acción.

La presencia del Espíritu se verifica en una *comunidad siempre imperfecta y en construcción*. Aceptar la condición peregrina de la Iglesia y de nuestros Institutos es fundamental para encontrar también el realismo, la humildad y la generosidad de contribuir a su transformación. No encontraremos nunca una comunidad y un Instituto perfecto donde "valga la pena" comprometer nuestra vida. En vez de llevar a la desilusión y disidencia o al acomodamiento y a la resignación, la conciencia de la imperfección personal y de la comunidad donde estamos insertados debe ser acogida con la misma actitud de solidaridad y compromiso con la que Cristo asumió la naturaleza humana pecadora ofreciéndose como sacrificio de reparación. La realidad está siempre por transformar, por reconciliar, por convertir. La fuerza del Espíritu hace posible esta "reparación" de los vínculos rotos, haciéndonos profetas del amor y servidores de la reconciliación (cf. 2Co 5,18-21).

2.3 Autoridad - don del Espíritu a la comunidad

Para muchos consagrados/as, *el servicio de la autoridad es la parte "institucional" de la Iglesia*, en contraste con otras dimensiones "carismáticas". Según este estereotipo, la autoridad está unida con la edad avanzada y sobretodo incapaz de entender el mundo en veloz transformación y con un posicionamiento cuanto menos inmóvil y "conservador", siempre preparado par encontrar razones y excusas para rechazar sugerencias proféticas o innovadoras. Ciertamente no es difícil encontrar ejemplos de este género en la Iglesia y en la VC. Pero, a este propósito, es necesario reconocer que uno de los elementos que confiere particular dinamismo a la VC es precisamente el saludable principio de evitar que las mismas personas se perpetúen en cargos de responsabilidad y la movilidad de los ministerios. Ellos permiten el enriquecedor intercambio entre las diferentes comunidades y realidades eclesiales, así como la libertad de las mismas personas.

De todos modos, esta visión de la autoridad, incluso si refleja muchas realidades concretas, no corresponde a la sana eclesiología del Espíritu que hemos considerado antes, en la línea de cuanto propone Pablo en su concepción de los carismas y servicios en la comunidad (cf. 1Co 12; Rm 12). La autoridad es un lugar importante de la manifestación del Espíritu en la comunidad, en el conjunto de los demás carismas y ministerios: los profetas, importantes,

incluso si fueron a veces incómodos y no siempre sensatos; los doctores y profesores con las propias competencias; los terapeutas de la psique y del espíritu; los consejeros espirituales y los que están nombrados para nuestras comunidades; los gestores y administradores de los bienes y de las obras, con una tarea diaria muy complicada, etc. No en vano, el superior/a se encontrará dirigiendo una orquesta de competencias en tantos campos superiores a las suyas. Él/Ella desarrollará su importante papel, sin pretender suprimir o usurpar el carisma y el papel de los demás, como servicio a la unidad y a la fidelidad creadora al patrimonio común, así como a la organización y sinergia de la misión común.

Si creemos que el Espíritu mueve interiormente a cada hermano/a de la comunidad, **la primera preocupación de quien preside debe ser la de promover la manifestación y la escucha del Espíritu** en la comunidad. Solo después vendrá la de discernir, coordinar y completar estos dones. Una autoridad preocupada sobretudo con el orden y la observancia a toda costa, corre serio peligro, no solo de suprimir la creatividad de las personas, sino también de convertirse en factor de infidelidad y de obstáculo a la voz de Dios. La autoridad no debe asumir, en principio, el papel de "domador de leones", cual policía de gente impredecible e irresponsable, sino el del hermano mayor que busca descubrir y animar las dotes de cada miembro de la comunidad y de ayudarlo a ponerle al servicio de la vida y de la misión de todos.

Promover una comunidad viva y creativa en la escucha del Espíritu comprende la aceptación de otros dos desafíos complementarios: primero, **no renunciar a la confrontación** en nombre de una unanimidad apresurada que puede ser fruto de cómoda rendición y vagancia por cambiar las cosas, o de manipulaciones interesadas e intimidatorias. Segundo, **aceptar el discernimiento comunitario y el servicio de la autoridad**, en el tomar las decisiones. El Espíritu puede ser una saludable fuente de inestabilidad en aguas estancadas, así como de gran confusión en comunidades egoístamente acomodadas. Por otra parte, sin embargo, es necesario tener en cuenta que muchas veces se confunde la inspiración del Espíritu con otras sugerencias más bien humanas. Por esto, el profeta debe someterse al juicio de la comunidad, donde el servicio de la autoridad debe desarrollar el propio papel de escucha y de decisión.

Más que en cualquier otro ministerio, aquellos que presiden manifiestan la doble perspectiva del servicio a la comunidad: **son parte integrante de la comunidad misma, pero también enviados por Dios a los hermanos/as**. Deberán saber escuchar y discernir en comunión con todos, pero sin renunciar a orientar y decidir.

Finalmente, se debe tener siempre presente que el don de los dones es el amor, que debe ser capaz de purificar el corazón de todos de las falsas motivaciones y guiar el proceso de discusión y de búsqueda de la voluntad de Dios para la comunidad (cf. 1Co 13). Para alcanzar este objetivo, es determinante que el servicio de la autoridad, sin dimitir de las propias responsabilidades, se revista de un estilo fraterno y promotor de cordialidad y amistad. La reciprocidad del amor requiere también el apoyo leal y la estima amiga de la comunidad hacia aquellos que ejercen el servicio de la autoridad. Los que presiden la comunidad continúan siendo personas con sentimientos y sensibilidad, que muchos serán ayudados en su misión, por la cordialidad de los demás miembros de la comunidad. Solo así se creará el verdadero espíritu de familia que debe caracterizar la comunidad de los consagrados.

2.4 Actitudes: al servicio de la comunión generada por el Espíritu

Quien preside debe ponerse **al servicio del Espíritu que genera la comunidad y vive en sus miembros**. Su primera actitud debe ser la de estar disponible para acogerlo. Es el camino del silencio, de la escucha de la palabra, de la reflexión y del estudio, pero también del diálogo y del compartir con los otros, a través de los cuales habla el Espíritu.

Dejarse guiar por el Espíritu, en el ver, juzgar y decidir comporta un ***camino de purificación y de liberación***. La purificación del corazón (la persona en su completeza: razón, sentimientos, afectos, impulsos) es un proceso continuo, en el cual son de ayuda la psicología y el diálogo fraterno, pero que debe siempre alcanzar la transparencia del propio estar ante la verdad luminosa y misericordiosa del encuentro con Dios. Para juzgar y actuar bien es necesario liberarse de las propias heridas y traumas escondidos, de los complejos de miedo o de grandeza, de los prejuicios respecto a personas, grupos, etnias y nacionalidades... hasta liberarse de sí mismo, de la vagancia y del egoísmo, de la sed de afirmación y protagonismo. Solo así se podrá disponer libremente de la propia vida para hacerla un don al servicio de Dios y de los hermanos. Esta es la meta de la verdadera purificación liberación, servicio... alegría y vida.

No hay "abonos" exclusivos al Espíritu. Él es siempre ***un Espíritu de comunión, relación y colaboración***. Dejarse guiar por el Espíritu significa aprender a descubrir su presencia en los dones de los demás y en sus sugerencias. Es bueno habituarse a escuchar con particular atención a aquellos que están en desacuerdo con nuestras ideas; nos ahorran muchos errores porque, por lo menos, muestran los puntos débiles de nuestros proyectos, permitiéndonos descartarlos o mejorarlos.

Es necesario tener en cuenta que el Espíritu, o al menos lo que pensamos sea su inspiración, no nos libera del cometer errores de evaluación o decisión, particularmente cuando no tenemos en cuenta la voz de aquellos que nos rodean. Aceptar las propias debilidades y límites es un primer paso inteligente para evitar que causen grandes desastres. Además, tal conciencia nos hace realistas, fraternos y misericordiosos con las debilidades de los demás. Una autoridad que sabe reconocer los errores y pedir perdón no se desacredita, sino que revela inteligencia humilde, libertad, realismo y deseo de mejorar.

Finalmente, el servicio de la autoridad, a la luz del Evangelio, debe llevar a una gran confianza en la presencia del Espíritu, que orienta la comunidad y aquellos que la sirven, a menudo también a través del camino del sufrimiento, del aparente fracaso y de las debilidades propias y de los demás. En todo esto se puede experimentar la misericordia y la fuerza del Espíritu que nos conforta y renueva, a fin de que, a su vez, podamos confortar y aliviar a aquellos que tienen necesidad.

Por esto — y no porque sean naturalmente optimistas — los consagrados /as y sobretodo aquellos que presiden a sus comunidades, están llamados a ser *portadores de Fraternidad y de Esperanza en el Espíritu*.

3 Llamados para estar con Él y para enviarlos a anunciar

La tercera imagen que quisiera proponer como icono de la Vida Consagrada viene presentada por el evangelista Marcos, poco antes de la escena de la familia, que hemos considerado al inicio de la reflexión y representa un elemento estructurante de la ya referida separación respecto a la tradición de Israel y de la constitución de la nueva comunidad mesiánica. Jesús elige entre los discípulos, con soberana libertad, un grupo de doce, que tendrán una misión especial:

Subió al monte y llamó a los que él quiso; y vinieron donde él. Instituyó Doce, para que estuvieran con él, y para enviarlos a predicar con poder de expulsar los demonios (Mc 3,13-15).

Para entender mejor el alcance de esta opción, se la puede completar con la tarea asignada a los doce por el Señor resucitado:

Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo (Mt 28,19-20).

Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra (Hch 1,8).

3.1 La narración

Antes de nada, hay que notar que Jesús realiza la elección de los doce **en comunión con la voluntad del Padre**. Marcos habla de la subida sobre la montaña (en alusión al mundo de Dios), mientras Lucas dice explícitamente que pasó la noche en oración (Lc 6,12). En la elección de Jesús se refleja, así, el designio del Padre. Por esto, la designación no es un acto de elección dentro del grupo, sino una elección hecha por Jesús mismo: "Aquellos que él quiso". Como los profetas o los personajes más significativos de la historia de Israel, los doce son llamados personalmente por el nombre, con una misión precisa en la constitución del nuevo pueblo de Dios.

Por otra parte, la anotación que "ellos fueron donde él", subraya **la libertad y la decisión de asumir y de responder a la invitación**. A la llamada de Dios, el discípulo responde con la misma disponibilidad que caracterizó la actitud de María (Ecce ancilla...) y de Jesús (Ecce venio...). Así, tanto la llamada de Jesús como la respuesta de los Doce forman, juntos, una actitud común de obediencia al proyecto del Padre, de llevar su salvación a los extremos confines de la tierra.

La tarea de estos elegidos es descrita con un verbo estático, denotando cercanía e identificación (**estar con él**) y otro dinámico, indicando traslado y acción, pero sin perder la relación con el origen (**enviar a anunciar**). El anuncio viene también asociado a un genérico poder de liberar del mal (**expulsar los demonios**). La función externa de los doce es así presentada como continuación de lo que hacía el mismo Jesús. Por esto su tarea es un envío, es decir, actúan por delegación del Maestro y para cumplir su obra.

Durante la vida terrena de Jesús, el grupo se atiene sobretodo a la primera parte del programa: "estar con Jesús", incluso si los envía en misión ante Él, dentro de las fronteras de Israel (cf. Mc 6,7-13 y paralelos). Es sobretodo el tiempo del seguimiento; del ver, aprender, imitar. Tras la Pascua y la venida del Espíritu, el envío y la misión toman la primacía y ad-

quieren nuevos horizontes, que alcanzan el extremo de la tierra y de la historia. "Estar con él" no toma, sin embargo, significado en el tiempo del envío. El Señor asegura su presencia y la acción de su Espíritu, que continuarán a guiar la misión de los doce.

3.2 *Comunidad de discipulado y de misión*

Prescindiendo de su carácter estructurante para la Iglesia, especialmente respecto al papel de la misión apostólica, esta escena representa una sugestiva imagen de la Vida Consagrada y de su intrínseca vocación: estar con el Maestro, como discípulos, y aceptar ser enviados como misioneros y anunciadores de Aquel que libera las personas de toda esclavitud.

La llamada y el estar junto a Jesús desembocan siempre en una misión. No existe una llamada solo para "consumo individual" y, en la comunidad reunida en torno al Maestro, hay siempre implícita una dimensión misionera. Solo así ella realiza la misma vocación de ser propuesta de comunión para todos los pueblos de la tierra.

Esta dirección misionera universal, claramente confiada por Jesús a sus discípulos, constituye un ***radical cambio respecto a la tradición de Israel.*** De hecho, el judaísmo no puede ser misionero, porque, ser judío no es una cuestión de opción o de conversión, sino de nacimiento. Quien no pertenece a la descendencia de Abraham puede, como máximo, hacerse un prosélito, pero nunca formará plenamente parte del pueblo elegido. Por este motivo, también los Doce necesitaron tiempo y la acción del Espíritu para entender que las promesas de Dios estaban destinadas también a los gentiles, como nos narran los Hechos de los Apóstoles (cf. especialmente Hch 10 y 15). Gradualmente la Iglesia Apostólica, guiada por el Espíritu y particularmente impulsada por el trabajo apostólico y por la palabra de Pablo, Bernabé y otros, supera los límites religiosos y culturales del judaísmo, para convertirse en casa de Dios para todos los pueblos.

Para la VC, comprometerse en la misión de la Iglesia no es, por lo tanto, un añadido a la consagración, sino ***una dimensión fundamental e irrenunciable de la propia vocación.*** Es más, la composición multicultural y multi-nacional de la mayoría de los Institutos Religiosos, les permite dar un especial testimonio y un precioso servicio a la universalidad de la Iglesia, que se expresa en la misión. A lo largo de los siglos, el anuncio del Evangelio pudo contar con la contribución generosa, habitualmente llevado hasta el derramamiento de la propia sangre, de una innumerable multitud de misioneros y misioneras que han recorrido los caminos del mundo, escribiendo muchas de las más bellas páginas de la historia de nuestros institutos. Y, aún hoy, la dimensión misionera moviliza decenas y decenas de miles de consagrados/as y continúa siendo uno de los motivos principales que llevan a los jóvenes a querer entrar en nuestras comunidades.

Siendo parte intrínseca de la vida de consagración, ***la misión no tiene nunca una iniciativa personal,*** sino que es siempre expresión de la comunidad que envía, en nombre de Cristo. La dimensión comunitaria de la misión no se revela solamente en el envío y en el sostenimiento a partir de la retaguardia, sino que debe hacerse presente en el estilo mismo de la misión, comenzando por la relación fraterna entre los anunciadores del Evangelio. Por su naturaleza y vocación, los consagrados/as son llamados a evitar los protagonismos individualistas en la misión, privilegiando la dimensión comunitaria, tanto en la programación y en la acción pastoral, como en el sostenimiento del espíritu fraterno y participativo de las comunidades fundadas por ellos.

La misión ***no es nunca "mi proyecto" y no se hace en función de "mi realización"***, que muchas veces se traducen muy simplemente en satisfacción de la propia comodidad o deseo de afirmación, vanidad o protagonismo. ¡No! Soy yo quien está al servicio de la misión, en los lugares y de los modos en los que hay necesidad y yo puedo ser útil. El mejor antídoto

contra estas expresiones de una misión individualista, que a menudo se hace culto a la personalidad, es el sentido de comunidad y de obediencia, que purifican y liberan el corazón del misionero para estar verdaderamente al servicio del proyecto de Dios y hacerse auténtico constructor de la fraternidad entre los hombres.

Hoy, *el concepto mismo de misión necesita ser reconsiderado*, ante los desafíos que nos encontramos para afrontar. Fruto del intenso esfuerzo misionero de los siglos más recientes, se ha cimentado en la Iglesia la idea de que la misión tiene como punto de partida los "países cristianos", particularmente Europa (con una más reciente contribución de América del Norte), y como destino los "países paganos" del sur del planeta: África, América Latina y Asia. La imagen del misionero, que hizo soñar innumerables jóvenes cristianos es la de un hijo de esta civilización cristiana noroccidental, con larga barba y sotana blanca, que generosamente parte hacia el sur para llevar la fe (... y la civilización).

No quiero discutir cuánto esta idea esté aún presente en la imaginación cristiana, particularmente en Europa, y cuán llena esté de prejuicios de superioridad, paternalismo y eurocentrismo, así como de sincero universalismo, solidaridad y don de sí mismo. Lo que cuenta es que, hoy, *este modelo no corresponde ya a la realidad*. Antes de nada, el estereotipo de *países cristianos* y *no cristianos* no corresponde ya a nuestro mundo. ¿Las sociedades europeas son sociedades cristianas, en el conocimiento del Evangelio, en el modo de pensar y en los valores que las informan? Hoy, el continente con más cristianos es Sudamérica y el país con más católicos es Brasil. Partiendo de la experiencia de nuestros Institutos, no es difícil constatar que las fuerzas vivas y jóvenes de la Iglesia se afirman siempre más en los países hasta hace poco tiempo considerados *de misión*. Este traslado en curso hacia el Sur representa un cambio enorme en la vida y en la misión de la Iglesia, que no puede ser ignorado.

En nuestros *países del Norte*, nos damos cuenta de que ya no son válidos los antiguos esquemas de *cristiandad*, donde todo rotaba en torno a la iglesia, que tenía, de modo natural, un papel de primer rango en la sociedad, donde el clero y los religiosos eran mirados con respeto y reverencia. Dentro de la Iglesia, sin embargo, los cuadros de pensamiento, las actitudes ante las autoridades, el comportamiento, en particular del clero, y la praxis pastoral continúan aún, en gran parte, a presumir que aquel era el modelo en vigor.

En las iglesias de más antigua tradición hay una *falta evidente respecto a la "misión ad extra"*, en el ambiente circunstante. Preguntándonos, por ejemplo, cuánto tiempo de la vida del clero y de las comunidades religiosas se dedica a la misión como anuncio a aquellos que no vienen a la iglesia. Prácticamente, nos limitamos a esperar que ellos lleguen a nosotros, a nuestras sacristías y conventos, como siempre han hecho. Solo que ya no vienen más, particularmente los jóvenes. Una cierta respuesta está viniendo de los movimientos eclesiales. Quizás podremos tener críticas fundadas ante algunos de estos movimientos, pero ciertamente están dando a la Iglesia una frescura que, a veces, aquellos que, primero, deberían tenerla no la demuestran. Pero, por otra parte, estas mismas iglesias continúan a dar a la Iglesia universal una preciosa contribución de competencia, reflexión y generosidad misionera, con misioneros dispersos en todo el mundo y una impresionante red de solidaridad hacia las iglesias más necesitadas.

En el hemisferio sur tenemos una situación bien diferente: iglesias ya con gran tradición, especialmente en Sudamérica; iglesias más jóvenes, en la primera o segunda generación de cristianos; formación del clero y religiosos locales y falta de medios; gran implicación de los laicos en la vida y misión de la Iglesia. En la mayor parte de los casos, los cristianos son minoritarios en el país. Esto, junto a innumerables dificultades, lleva también a estrechar lazos de solidaridad dentro de la comunidad y de corresponsabilidad en la misión.

Hoy se impone, por lo tanto, un *despertar del sentido de misión* por todas partes y como siempre los consagrados están llamados a estar en primera línea. En las iglesias de antigua

tradicón, nuestras estructuras tienen necesidad de adecuarse más a las nuevas tareas y desafíos del mundo de hoy. La solución no está en volver atrás, como algunos parecen sugerir. Sobre todo, es necesario "salir de las sacristías" e ir a encontrar a la gente, particularmente los jóvenes, allá donde se encuentran. El calo de los números y de los porcentajes no nos debe impresionar. Puede ser incluso una ocasión para redescubrir el sentido de la comunidad, a hacer más espacio a los laicos y a las mujeres, de modo que sean reales partners y no simples ayudantes en la misión. Nuestro objetivo no debe ser recuperar el espacio de poder perdido, sino ser evangélicamente significativos en el ambiente donde vivimos, a partir del estilo de vida fraterno y servicial de nuestras comunidades.

El traslado al sur de la VC y de la Iglesia hace imposible el envío de nuevas ondas de misioneros del Norte al Sur, como en el pasado. Al contrario, hoy, los misioneros parten *de todas las iglesias hacia todo el mundo*. Particularmente en los Institutos Religiosos esta es una realidad bien presente en la creciente multi-culturalidad de nuestras comunidades. La bajada de las vocaciones puede ser ocasión para un nuevo y diferente despertar misionero, también en nuestras iglesias de antigua tradición. Este fenómeno relativamente reciente coloca nuevos desafíos en la coordinación de nuestros institutos y requiere una formación nueva para la misión inter-cultural. Pero no hay duda de que, fruto de la misión universal, la iglesia de nuestros días se ha enriquecida, encuentra nuevos retos, pero dispone también de nuevas visiones y oportunidad de poner al servicio del Evangelio.

De un mundo de grandes ondas de migración, las comunidades del Norte están llamadas no solo a enviar misioneros, sino también a acogerlas en su comunidad, en modo de poder responder mejor a la *composición multi-cultural de la sociedad*. Este fenómeno relativamente reciente abre nuevas posibilidades, si bien no está exenta de escollos y ambigüedades. Gestionar bien estas necesidades y recursos es posible solo si cada comunidad y cada provincia o entidad del Instituto permanece abierta a una visión general de la misión y a una coordinación más colegial de las personas y medios. La Iglesia y la VC de hoy se encuentran, por lo tanto, con nuevos problemas y nuevos retos en su misión, pero disponen también de nuevos recursos humanos y nuevas oportunidades de poner al servicio del Evangelio.

3.3 *Autoridad y obediencia en la misión*

El envío en misión, particularmente a las misiones lejanas, es donde, quizás, se siente más la *necesidad del papel organizativo y coordinante del servicio de la autoridad*, en la preparación y envío de personas, en la relación con las diferentes iglesias, en la gestión y sostenimiento de la misión misma. Es importante que este decisivo servicio no se convierta en un simple "consejo de administración", sino que sea expresión del compromiso misionero de la comunidad misma.

La misión es donde mayormente se *expresa el carisma del instituto hacia la Iglesia y la sociedad*. El discernimiento sobre las obras constituye, por lo tanto, un papel fundamental del servicio de la autoridad. En un tiempo de veloces cambios, este discernimiento exige fidelidad al carisma, pero igualmente coraje para actualizar, cambiar e innovar. Tal proceso no puede ser obra de un/a superior/a provincial o general iluminados/as, sino fruto de la escucha y de la búsqueda de la toda la comunidad, donde los que presiden deben ser promotores y oyentes, de modo que puedan también guiar hacia decisiones coherentes y eclesialmente fundadas.

Estas decisiones requieren *equilibrio entre las exigencias del propio carisma y la sensibilidad hacia la iglesia y la sociedad*. Mantenerse tan solo en la lógica e interés del propio instituto sería quedar como cuerpo extraño o secta dentro del tejido eclesial. Por otra parte, agotarse en las respuestas inmediatas, sin planificación, acaba por privar a la iglesia local de

la contribución típica del propio carisma y compromiso, a largo plazo, la continuación del servicio mismo.

Acompañar la misión significa, por parte de la autoridad, antes de nada una gran **atención a los hermanos/as**. Ellos no son "máquinas misioneras" o "grupos de trabajo", sino personas que sienten, sufren y se alegran, se entusiasman y desencantan. El acompañamiento amigo por parte de quien preside debe ser expresión de la ternura de Dios hacia aquellos que ponen la propia vida al servicio de su Evangelio, vínculo de comunión con toda la comunidad y fuente de solidaridad entre aquellos que, en diferentes maneras, colaboran en la misión.

El ejemplo de la actitud de Jesús hacia sus discípulos debe constituir tema de reflexión para cuantos ejercen funciones de responsabilidad. A este grupo especial Él dedica gran parte de su tiempo, energías y capacidad, como hombre y como Hijo de Dios, hasta el punto de ofrecer por ellos la vida. Pretende que estén enteramente disponibles al servicio del Reino, pero no requiere nunca una "obediencia ciega". Al contrario, comparte abiertamente con ellos el proyecto/designio del Padre, moviéndoles interiormente a fin de que puedan entenderlo y adherirse activamente; repite las explicaciones cuando no entienden; corrige sus errores y caídas, pero no los abandona nunca, ofreciendo siempre una ulterior posibilidad de rehabilitación y de participación.

Jesús no hace una cosa: abajar el nivel del proyecto del Padre, para ser simpático a los discípulos o tener más adeptos. Las bienaventuranzas continuarán llamando siempre hacia más alto; la posesión del Reino costará siempre la inversión de todos los recursos personales; la coherencia y la honestidad continuarán siendo más importantes que un ojo o un miembro; la vida estará ganada solo a condición de ser ofrecida; el jefe y el primero serán el último y el siervo; a la resurrección se llega solo a través de la muerte... y los discípulos son claramente advertidos que quien no está dispuesto a tomar la propia cruz para seguir a Cristo, es mejor que tome otro camino.

Este es el estilo de autoridad que mejor contribuye a **poner al servicio de la misión común las dotes y cualidades de cada uno**. No siempre este intento es fácilmente alcanzable, sobretodo cuando, como decíamos arriba, la visión personalista de la misión se impone sobre el bien de aquellos a los cuales se dirige. En estos casos, que no son de hecho raros, se requiere particular atención, caridad y discernimiento por parte de cuantos ejercen la autoridad.

- Si la obediencia significa la identificación con el proyecto de Dios, la función del hermano/a mayor será, antes de nada, la de *ayudar al otro hermano/a a entender y adherirse a esta voluntad*. Esta actitud fraterna y comprensiva es fundamental para tener una obediencia creativa, inteligente y cooperante.
- Tal actitud *no se debe confundir con la condescendencia o connivencia con la apatía y la mediocridad*. El amor fraterno y el servicio de la autoridad se expresan también en la propuesta de desafíos que ayudan a los hermanos a crecer, a superar sus miedos y dificultades, para hacerse libres y capaces de ofrecer la propia vida como don.
- No en vano, esto *puede hacerse pesado*, sobretodo cuando lo que se pide es una misión particularmente difícil para alguno. Mucho ayuda, en estos casos, si las dos partes se encuentran en una actitud de fe y de búsqueda de la voluntad de Dios. Esto non conjura el peligro de equivocaciones y errores de evaluación, pero hace más fácil la búsqueda de solidaridad y fraternidad, también en ausencia de unanimidad.
- *A veces, este consenso no será posible* y esto requiere particular buen sentido. En este contexto, es necesario tener en cuenta que muchos conflictos provienen de personas que, por su historia, traumas o inconsistencia psicológica, no son capaces de una relación madura con la autoridad y los compromisos. Por esto, además de una buena madurez humana y espiritual, quien preside debe dar prueba de poseer al menos generales

conocimientos psicológicos y la sabiduría de recorrer y dejarse ayudar por personas competentes en esta área. A menudo es un error, por no decir una injusticia, colocar en términos morales lo que es solamente una radical incapacidad psicológica.

El estilo de autoridad debe, además, promover **la comunión entre aquellos que son enviados**, porque esto es fundamental para el desarrollo de la misión. Los misioneros no son simplemente agentes de una "empresa misionera", pero obtendrán enorme fuerza y conferirán gran credibilidad a lo que anuncian, si, entre ellos, reinará la fraternidad propia del Evangelio. Desafortunadamente, entre el clero y los religiosos se está más inclinado a desarrollar personalidades de comandantes supremos y de solistas que de gente capaz de cantar un duetto o en coro; y este hecho está en el origen de gran parte de los conflictos que ocurren dentro de las comunidades y en la organización de la misión. Es, por lo tanto, urgente una formación específica para el trabajo en grupo y para la colaboración en la misión, tomando acto también de las tendencias individualistas que se desarrollan por todas partes.

El traslado de la VC al Sur, de la que hemos hablado arriba, representa una gran oportunidad para la Iglesia, sino también un gran desafío para el servicio de la autoridad en la VC, dado que, en muchos de nuestros institutos, el **paso de la época misionera a la gestión local** está en curso, en este momento, en diversas partes del mundo. Una vez que las condiciones lo permitan, es importante conferir autonomía a estas nuevas presencias misioneras, evitando mantenerlas eternamente como apéndices dependientes de las provincias-madre. Por otra parte, es absolutamente necesario que todos tenemos bien presente que los criterios de nacionalidad, etnia o raza no pueden prevalecer sobre los intereses del instituto y la misión. Sobretudo, todos deben tener bien claro en el propio corazón que, en la comunidad religiosa, no son extranjeros, en ninguna parte del mundo, sino tan solo hermanos o hermanas en torno a un único Maestro y Señor.

La dimensión universal del Evangelio se revela particularmente importante en el mundo globalizado en el que vivimos, pidiendo por parte de todos una mayor **atención y apertura de corazón a la dimensión internacional de los propios institutos y de la Iglesia**, a comenzar a aquellos que tienen responsabilidad, a diversos niveles, de la organización de las comunidades. Los desafíos de la multi-culturalidad, de las migraciones, de la globalización y de los nuevos problemas de justicia, pobreza y marginación que lo acompañan, deben encontrar respuestas adecuadas por parte de los responsables de la VC, lo que no sería posible si cada uno se cierra en el propio trabajo y en los propios problemas. La colaboración inter-comunitaria e inter-provincial, dentro de los institutos, incluso la cooperación entre los institutos y de la VC con las iglesias locales, y de modo particular con los laicos, deben ocupar posiciones de relieve en las preocupaciones de los consagrados/as, particularmente de los que desarrollan funciones de mayor responsabilidad.

La parábola del pozo

Quisiera concluir este punto de nuestra reflexión que habla del compartir los dones en la comunidad, al servicio de la misión².

Aquel que se encierra solo en sus proyectos es semejante a un hombre que cavó un pozo para sacar agua, para no depender de nadie. Temía que otros pudieran tener acceso a su agua o, quizás peor, interferir de alguna manera con su uso. Para ello defendía con rigurosidad su pozo para que nadie pudiera llegar a él y estaba muy satisfecho de su propia obra y autonomía. Un día, mientras contemplaba ensimismado su

² La parábola forma parte de la carta enviada a la Congregación de los Sacerdotes del Corazón de Jesús (Dehonianos), sobre el tema de la autoridad y obediencia, el 11 de Mayo de 2008.

propia imagen en el espejo del fondo del pozo, cayó dentro y, no habiendo nadie en los alrededores que pudiera socorrerle, se ahogó y su cadáver terminó por volver fétida e inutilizable aquel agua.

Aquel que sabe integrar su propio proyecto con el de la comunidad es semejante a un hombre que tuvo la idea de cavar un pozo. Investigo primero los pozos que ya había construidos en el país, habló con sus propietarios y éstos le sirvieron de preciosa ayuda para elegir el puesto y los materiales más adecuados e incluso la mejor técnica para la excavación. Una vez construido, unió su pozo con la red formada por los pozos de los vecinos. Esta permitía recoger conjuntamente, además del agua de los pozos de todos, también la caída del cielo y la que brotaba de la profundidad de la tierra. Así, no faltaba nunca el agua en el campo y en la ciudad; es más, la sobrante discurría por un canal, a veces lleno, otras veces no tanto, que iba a desembocar en el río de la llanura, que bañaba otras muchas ciudades, antes de llegar al gran océano que une todos los continentes y pueblos de la tierra.

Sin embargo encontramos hermanos/as que viven solo del agua del propio pozo. Son también capaces de ofrecerla, pero nunca de compartirla verdaderamente, añadiéndola al agua de los demás, o de apreciar otras aguas. Son óptimos para cantar solos, pero rehúsan formar parte del coro, para componer la armonía y la polifonía. Es muy difícil para ellos admitir que otro pueda dirigir la orquesta. Lentamente se anegan en la propia presunción. Insatisfechos y frustrados, acusan todos de no darles suficiente importancia o de querer controlar su individualidad... Es una pseudo-libertad que lleva inevitablemente a la frustración de la existencia y hace amarga la propia agua. Tenemos sin embargo tantos otros que hacen de la vida un don y están gratos y felices por lo mucho que reciben de Dios y de los demás. No solo por lo que ofrecen, sino sobretodo por lo que viven, continúan siendo fuente de vida, de fraternidad y de inspiración.

Para aplicarla más específicamente a nuestro tema, la parábola podría sugerir un pequeño complemento: La red formada por los pozos exigía coordinación, manutención de las estructuras y reglas para la utilización. A esto proveían algunas personas elegidas por aquellos que usufructuaban el sistema. Su gestión concreta no siempre era consensual, sino los que entendían el verdadero secreto de los pozos, les atribuían un papel determinante, más allá de la propia administración: su función hacía ante todo explícito que, antes de ser de alguien, el agua es un don libre de Dios. Ella enriquece los pozos individuales, y debe continuar circulando libre en otros pozos y ríos, para cumplir su razón de ser, bajo pena de hacerse estancada e inapropiada para el uso.

4 Administradores en la casa del Señor

La última imagen elegida para nuestra reflexión es la de los administradores que un señor, de viaje, dejó como guardia de la propia casa. Son dos parábolas unidas entre ellas y complementarias:

Estén ceñidos vuestros lomos y las lámparas encendidas, y sed como hombres que esperan a que su señor vuelva de la boda, para que, en cuanto llegue y llame, al instante le abran. Dichosos los siervos, que el señor al venir encuentre despiertos: yo os aseguro que se ceñirá, los hará ponerse a la mesa y, yendo de uno a otro, les servirá. Que venga en la segunda vigilia o en la tercera, si los encuentra así, ¡dichosos de ellos! (Lc 12,35-38).

¿Quién es, pues, el administrador fiel y prudente a quien el señor pondrá al frente de su servidumbre para darles a su tiempo su ración conveniente? Dichoso aquel siervo a quien su señor, al llegar, encuentre haciéndolo así. De verdad os digo que le pondrá al frente de toda su hacienda. Pero si aquel siervo se dice en su corazón: "Mi señor tarda en venir", y se pone a golpear a los criados y a las criadas, a comer y a beber y a emborracharse, vendrá el señor de aquel siervo el día que no espera y en el momento que no sabe, le separará y le señalará su suerte entre los infieles. Aquel siervo que, conociendo la voluntad de su señor, no ha preparado nada ni ha obrado conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes; el que no la conoce y hace cosas dignas de azotes, recibirá pocos; a quien se le dio mucho, se le reclamará mucho; y a quien se confió mucho, se le pedirá más (Lc 12,42-48).

4.1 La narración

El evangelista Lucas nos presenta, en el capítulo duodécimo de su Evangelio, dos narraciones complementarias. **En el primero**, el dueño, vuelto de las bodas, encuentra a los siervos que lo esperan y, en vez de ponerse a la mesa para hacerse servir por ellos, les hace sentar, se ciñe los flancos y se pone a servirles (cf. Lc 12,35-38).

En el segundo, más común a los demás sinópticos, se trata sin embargo de los administradores a los que el señor, a su retorno, pide cuentas de cómo han gestionado su casa y sus bienes y de cómo han tratado a los siervos a ellos confiados. Alaba y reconfirma a los que han sabido administrar bien y según su querer y su estilo de tratar a los miembros de la familia, pero reprocha y repudia enérgicamente a aquellos que, en vez de ponerse al servicio de los demás, han abusado de ellos y se han apropiado de los bienes del propio señor.

Una tercera parábola, referida a Lc 17,7-17, puede contribuir ulteriormente a comprender el tema, refiriendo una actitud del señor que parece contradecir al de la primera parábola: a la vuelta del campo, los siervos no deben pretender que sea el señor quien les sirva, sino que deben servirle primero a él y sin pretender agradecimientos. Al contrario, deben decir que son "siervos inútiles", que han hecho solo lo que les correspondía.

4.2 Las mediaciones comunitarias

El significado de las parábolas es muy claro: la casa a administrar es la comunidad del Señor resucitado. Él se hace presente en los bienes con que provee, en el Espíritu que inspira y guía, pero no actúa directamente como cuando recorría los caminos de Palestina.

La gestión concreta de la casa es confiada a los administradores. Ellos deben entender antes de nada que la casa (se entiende el patrimonio, pero también las personas) no les pertenece, sino que administran el patrimonio de su dueño. Además, tienen instrucciones claras acerca de cómo deben administrar, sobre los objetivos a alcanzar y sobre el estilo que debe distinguir la vida en la casa de su señor. De estos se espera que sean fieles a las instrucciones, pero que tengan también imaginación propia, en modo a hacer fructificar los recursos, asegurando bienestar, seguridad y futuro a la casa confiada a sus cuidados (cf. parábola de los talentos o de las minas: Lc 19,11-27).

Además de mostrar claramente la responsabilidad de cada persona y especialmente de los que tienen cargas de autoridad, en la vida y organización de la comunidad, las parábolas insisten sobre el ***papel de las mediaciones humanas*** en este proceso. Son un elemento necesario en la acción del Espíritu y en la encarnación de la Palabra. Toda la tradición bíblica atesta que Dios tiene poder para intervenir extraordinariamente en el mundo de los hombres, pero que sus grandes obras de liberación y de transformación son realizadas trámite personas llamadas por Él y hechas capaces de la fuerza y sabiduría de su Espíritu. De un modo muy simple se podría decir que Dios no viene a transformar directamente el mundo, sino que transforma el corazón de los hombres; y los hombres transformados transforman el mundo.

Así se entiende ***la importancia y la consistencia de la dimensión humana en la realización del Reino de Dios***, de la que habíamos antes. El Reino permanece obra de Dios, pero se colorea con los tiempos y los modos de la existencia y de la acción de los hombres que lo constituyen. Por ello tiene todas las potencialidades de la naturaleza humana transformada por el Espíritu, pero permanece igualmente sometido a sus debilidades y límites. Es esta realidad humana y divina la que es necesario aceptar y tomar como desafío y campo de nuestra misión. No pretendemos que la comunidad sea perfecta, sino que nos empeñamos en hacerla caminar en esta dirección. Jesús, el hombre nuevo en la plenitud del Espíritu constituye nuestro ejemplo, camino y esperanza en la superación de las ambigüedades de esta peregrinación.

El servicio de la autoridad participa de esta doble realidad. Es un instrumento de Dios en la comunidad, bajo el influjo de su Espíritu, pero desarrollado por hermanos/as como cada uno de nosotros. Insertos en la mediación de la Iglesia y de nuestros fundadores, están llamados a ser una importante presencia del Espíritu en la vida concreta de nuestras comunidades.

4.3 Administradores en la casa del Señor

A cuantos administran su casa, el Señor pide, antes de nada, que reconozcan que ***administran los bienes de su Señor***. No son dueños de ninguno y los bienes que gestionan no están destinados a sus comodidades personales, sino al bien de aquellos a los que sirven. Esta condición no disminuye su importancia y su iniciativa. Al contrario, es fuente de alegría, gratitud, serenidad y libertad, que permite consagrarse entera y fraternalmente a la tarea confiada. La tradición de la mayoría de los institutos religiosos de limitar el tiempo de permanencia de las mismas personas en cargos de dirección, ayuda a crear este espíritu de servicio, sin adueñarse de las funciones. Así se hace claro que los que orientan deben dedicarse enteramente a sus tareas, en obediencia al Señor de la casa y para el bien de aquellos a los que sirven; pero que deben ser igualmente libres de dejar a los otros las propias funciones, dedicándose a otras misiones en el Reino de Dios. Este espíritu de libertad no se aplica solo a cuantos/as presiden las comunidades, cuyos mandatos ya están limitados por las normas. Más difícil es gestionar otras situaciones de aferramiento a los propios puestos y ministerios, que llevan a la persona misma a petrificarse sin capacidad de innovación, con gran daño para sí misma y para aquellos que debería servir. Se trata siempre de servirse de la propia función en lugar de estar a su servicio.

Los que presiden *representan al Señor de la casa, pero no pueden nunca colocarse en su puesto*. Por la honestidad del propio actuar y para el discernimiento ante Dios y en la comunidad, deben siempre poder decir que la obediencia que piden a los demás se dirige a Dios y no a ellos, pero es necesario que tengamos igualmente presente que Dios está siempre por encima de toda mediación humana de su presencia y de su voluntad. Esta honestidad y humilde confesión del propio papel, como interpretación de la voluntad de Dios y búsqueda humana con posibilidad de error, es importante, tanto para aquellos que desarrollan el servicio de la autoridad, como para los demás miembros de la comunidad. Ella evita caer en un principio de autoridad basado solo en una especie de "democrático contrato social", así como en una "idolatría teocrática" de los que ejercen la autoridad en la Iglesia.

La *relación entre las tres parábolas* arriba mencionadas nos ayuda a entender esta perspectiva de base del servicio de la autoridad. En la primera parábola, tenemos un señor que se pone a servir a sus siervos; sin embargo, en las dos siguientes, "los pone en su lugar", pidiendo ser servido el primero evaluando con justicia y severidad la obra de los administradores. No creo que haya incoherencia en todo esto, sino una lógica interna muy importante: el Gran Señor viene siempre para servir. No deja, por esto, de ser el Señor y, como tal, se ciñe los vestidos del amor-servicio, que genera vida en su comunidad fiel y en aquellos que la dirigen. La parábola de los "siervos inútiles", por su parte, no expresa desprecio o insensibilidad hacia los siervos, pero les dice algo fundamental: Ay de vosotros si queréis sentaros a la mesa como señores, en el lugar de vuestro Señor. Si canceláis de la mente, del corazón o de la vida práctica al Dueño de la casa, impediréis que él venga a servirlos como Señor. Seréis usurpadores de una casa sin dueño, de una propiedad sin propietario, que estará prevalentemente modelada a la medida de vuestras capacidades y límites, de vuestras manías e intereses. Permitid siempre que Dios sea Dios en vuestra vida y misión, porque a los que buscan prioritariamente su Reino, todo el resto vendrá dado por añadidura. Considerad, a partir de la verdad del corazón, como siervos; entonces, tendréis siempre lugar en la mesa de vuestro Señor y él os llenará de la alegría imperecedera que Él mismo prueba sintiéndose a su servicio.

Desde el punto de vista práctico, la parábola de la evaluación de los administradores da un breve, pero muy vivo, ejemplo de la buena y de la mala administración: el auténtico servicio de proveer a cada uno los medios para la vida y la misión, o el servirse de todo y de todos para la propia comodidad, vanidad o placer. Es en el modo de tratar a los hermanos/as como el Señor reconoce a quiénes puede confiar la propia casa, porque de su acción dependerá en gran parte el ambiente que reinará. Ellos serán buenos administradores solo si imitan al Buen Pastor que ofrece la vida por el propio rebaño (Jn 10), y el Maestro, que lava los pies a los discípulos (Jn 13).

Aceptar la revolución evangélica basada sobre el cambio de la relación entre las personas significa, entre otras cosas, *no seguir la lógica de poder y de protagonismo personal*, que golpea las ideologías de gobierno, también en el contexto de las democracias políticas. Desafortunadamente, tanto la Iglesia como la VC no están resguardadas de tales concepciones de la autoridad, con el agravante de que, a menudo, ellas se presentan bajo la capa de una legitimación espiritual. Muchas pueden ser sus formas:

- *Conquista y mantenimiento del poder*, que lleva a luchas, estrategias y manipulaciones para apoderarse del poder y mantenerlo per se o para el propio grupo. Es evidente que tales maniobras para acceder al poder o para mantenerlo, no tienen nada que ver con la búsqueda de la voluntad de Dios, a la sombra de la cual todo se debería desarrollar, y corrompen los principios elementares de la VC.
- Por fortuna, está desapareciendo la idea de una *autoridad suprema e indiscutible*, que dispone de hermanos/as como peones para colocar, aboliendo el ambiente de fraternidad

y de participación. Una forma de esta "pía arbitrariedad" es la invocación de la inspiración del Espíritu Santo como excusa para tomar decisiones sin consultar a nadie.

- No es raro encontrar ejemplos de una *autoridad étnico-grupal*, que se adueña del poder y busca mantenerlo dentro del propio grupo de edad, origen o etnia. El resultado es la división de la comunidad, la injusticia y la imposibilidad de colaboración o de misión en común. En un mundo donde, contemporáneamente a la globalización, tenemos tantas violentas manifestaciones de nacionalismos, tribalismos y regionalismos, esta perversión de la autoridad constituye una grave traición al Evangelio y un grave atentado a la universalidad de la Iglesia y de la VC.
- Una forma suave e insidiosa de mantener el poder absoluto es la de corromper a los hermanos/as con una *actitud paternalista e infantilizante*, donde el superior/a se considera detentador de beneficios que distribuye a sus "devotos"; una especie de padrino que recompensa a aquellos que vienen a besarle la mano. Las consecuencias de este estilo de autoridad son dañosas para las personas y para la vida comunitaria, generando un clima de adulación, nepotismo e injusticia, no raro, con la excusa de mantener la armonía comunitaria. Detrás se encuentra la sed de poder y el culto de la personalidad, incluso cuando, a menudo, se enmarcara con mucha "unción espiritual".
- Pero la autoridad puede pecar gravemente contra la comunidad por la *ausencia o comodidad de no asumir* el propio papel, no decidir y no orientar. También cuando se presenta bajo el manto de una falsa democracia (que somos todos adultos ... no tenemos necesidad de tutores...), esta actitud está contrasignada del deseo de evitar trabajo y situaciones difíciles. A estos es preciso recordar la admonición del profeta Ezequiel: "Hijo del hombre, te he puesto como centinela de la casa de Israel ... Si el impío muere porque tú no has hablado, te pediré cuentas de su sangre" (Ez 3,17s). Otra manifestación de "corporativismo asinteísta" es la de elegir o proponer un superior conocido por su ausencia y tolerancia, de modo que cada uno pueda hacer lo que quiere. Este vacío de autoridad no es raro en nuestros días, y sirve bien a un tipo de comunidad individualista, cuyos miembros requieren un "superior director de tráfico", en una casa que es más un cruce, más que un lugar donde estar y compartir vida y misión. Según este modelo de comunidad, debe dirigir el tráfico, para evitar desencuentros, pero no debe interferir en el recorrido de cada uno.

Jesús atribuye gran importancia al correcto ejercicio de este servicio en la comunidad y, cuando surgen luchas por la conquista de poder e influjo entre los discípulos, Él corta con decisión las discusiones: "**No puede ser así ente vosotros** ... el Hijo del hombre no ha venido para ser servido, sino para servir y ofrecer la propia vida por la multitud" (cf. Mc 10, 41-45). Nuestra reflexión ya ha revelado diversos puntos que deben formar parte de la meditación y de la formación personal y comunitaria. Entre ellos se pueden recordar:

- Asumirse como *siervos a los que el Señor confía la tarea de administrar*, según su estilo, en favor de la comunidad, pero *sin dejar de ser hermanos/as*, en la casa y en el círculo de los que escuchan su palabra y hacen su voluntad.
- Mantener *fidelidad al Señor y su proyecto*, según el Evangelio y el propio carisma, respecto a sí mismo y a la comunidad, *junto a la propia iniciativa y creatividad*, para hacer frente a los desafíos de nuestro tiempo. Las dos dimensiones requieren competencia, formación espiritual y técnica y una gran apertura para ser ayudado y asistido.
- *Compartir la responsabilidad* con los otros miembros de la comunidad, particularmente con los más directos colaboradores, *sin dejar el propio papel* de coordinar, orientar y decidir, fomentando lo más posible el consenso y la comprensión/aceptación, de modo

que todos puedan adherir y dar su colaboración consciente y creativa a la vida y misión de la comunidad.

- Ser *punto de referencia en la promoción de la comunión y de la fraternidad*, pero *sin buscar unanimidades apresuradas*, que no estén fundadas en la verdad, la justicia y la fidelidad al Evangelio y al propio carisma. Frecuentemente este oficio debe asumir el papel de mediación y reconciliación entre los hermanos/as, a la luz de los principios de la vida y de la misión comunes.
- *Coordinar la misión de la comunidad*, promoviendo los dones de cada uno y su inserción en los proyectos comunes, con sensibilidad hacia las dificultades y las preferencias personales, pero promoviendo igualmente el don de sí mismo y la superación de los propios miedos y acomodamientos.
- Asumir la *responsabilidad última para la administración de los bienes*, aunque no tenga por qué ser su directo gestor. La comunión de los bienes, según las tradiciones propias de cada instituto, es el primer nivel del compartir en la VC. Si no somos capaces de compartir los bienes materiales, ¿cómo lo haremos en el ámbito del espíritu y de la misión? No son los superiores y los ecónomos los dueños de los bienes que la Providencia pone a disposición de la vida y de la misión, sino la comunidad. La gestión de estos recursos está orientada por los principios de información, participación y corresponsabilidad, en los diferentes ámbitos de administración. Esconder informaciones a la comunidad y no darle la posibilidad de verificar y expresar parecer en materia económica, significa imitar el estilo de manipulación de muchos poderes públicos, los cuales saben bien que quien tiene el dinero tiene el poder. Entre nosotros, ¿no puede ser así! La cuestión del pan no es nunca un negocio de una sola persona. En un contexto comunitario serio y transparente, es muy fácil evitar la injusticia, el clientelismo nepotista, así como el infantilismo irresponsable, que no son raros en la VC. En este espíritu se debe cultivar igualmente la libertad respecto al instinto de poseer, y de acomodamiento, promoviendo el verdadero espíritu de pobreza, de comunión inter-comunitaria y de solidaridad hacia los pobres, que se presentan como verdaderos desafíos de la correcta administración de los bienes.
- Promover la *comunión en el ámbito del instituto y de la Iglesia*. Es una tarea que corresponde a todos, pero que tiene en la autoridad una columna fundamental, sea en la información y dinamización de la comunidad, sea en su relación con el exterior.
- Promover la *apertura de la comunidad a su ambiente*, con sensibilidad a las necesidades locales y al testimonio de la propia vida. Para ser verdaderamente misionera, la comunidad no puede permanecer como isla en medio del océano, sino que debe ser fermento y sal, a partir del propio carisma y misión. En este contexto, la apertura y colaboración con los laicos asume, como decíamos antes, un papel nuevo en la difusión del carisma y en la promoción de la misión.

4.4 *Actitudes: Disponibles para servir*

A la luz de esta última imagen y de toda nuestra reflexión, la primera actitud requerida a quien desarrolla el servicio de la autoridad es el de considerarse como *siervo/a de Dios al servicio de la comunidad*.

- Este estilo de vida comporta, antes de nada, *la comunión personal con el Señor* de la propia vida, vocación y misión, trámite una oración de escucha, de discernimiento, de dejarse modelar. Esta actitud fundamental para todo creyente se revela particularmente

importante en la vida y misión de aquellos que, en su nombre, tienen el papel de orientar su casa.

- Quien preside una comunidad consagrada, no puede olvidar su papel primordial de *promover la escucha de Dios*, comenzando con la organización de la vida comunitaria, que debe incluir la oración común, la "lectio divina", el compartir, la formación y el estudio. Vigilar sobre el bien y la misión de los hermanos/as comienza por esta base fundamental que alimenta la vida y la misión de cada uno y de la comunidad.

Para no corromper el significado del servicio de la autoridad es necesario ***considerarse siempre como hermano/a en la comunidad***: ser fraterno, sin dimitir de las propias funciones de orientación y decisión; organizar y dirigir, sin dejar de ser hermano y amigo.

- El servicio de la autoridad debe comenzar con una posición de *respeto, justicia y estima frente a los hermanos/as*. Es necesario ser realista y saber observar y evaluar comportamientos y actitudes; pero es fundamental purificar antes los ojos y el corazón de los prejuicios y etiquetas que determinan el modo de mirar, sea idealizando, sea demonizando a los demás. Esta purificación es el primer fruto del aprender a mirar con los ojos de Dios, de la que hablábamos antes.
- Una de las grandes funciones de quien preside será *la escucha de los hermanos/as*, que debe ocupar una posición prioritaria también en la ordenación del propio tiempo. Esto debe consistir, antes de nada en una actitud de atención a la persona, al que vive y siente, al que lo mueve o hace sufrir. El diálogo debe ser de escucha, discernimiento y eventualmente de corrección, pero se debe siempre revestir de la misericordia, estímulo y desafío útil para hacer reconocer el modo de actuar del Señor mismo.
- Esta atención personalizada es particularmente importante hacia los *hermanos/as más frágiles*, sea por razones de salud, sea por crisis interna, dificultades de temperamento o aislamiento. Los jóvenes que inician el camino de consagración merecen igualmente una atención especial, no solo para estimularlos en el camino de la profundización, de la coherencia y de la esperanza, sino también para escuchar sus aspiraciones y la contribución específica que tienen que dar a nuestras comunidades.
- Para promover la comunión y la reconciliación en la comunidad, quien preside debe esforzarse en crear en torno a sí un *ambiente de fraterna estima*, que ayuda mucho al desarrollo del espíritu de familia y al aprecio del papel de la autoridad. Esto no se debe confundir, sin embargo, con la búsqueda de la adulación y del culto de la personalidad. Sin rechazar, por falsa humildad, la justa estima de los demás, quien está en el servicio de la autoridad no debe nunca perder de vista quien es el verdadero Señor de la casa, el cual declara a sus discípulos: "Yo estoy en medio a vosotros como el que sirve" (Lc 22,27).

Para el buen desarrollo de la comunidad y de la misión, hay necesidad de ***un fraterno y eficiente servicio de la autoridad***.

- Por esto, quien lo desarrolla *no debe tener miedo de asumir* el papel de preparar, cuidar, orientar, organizar y decidir. No decidir por miedo a errar, es error seguro. A menudo no es para nada cómodo presidir y hacerse cargo de las situaciones delicadas de la comunidad, sin otros que, a nivel superior, asuman la responsabilidad última de las decisiones o tomen las iniciativas necesarias para el bien de todos. Pero esto es un servicio imprescindible que se debe tomar con realismo y humildad, contando con la ayuda de Dios y de los demás miembros de la comunidad misma.
- Quien preside una comunidad de VC no es solo un representante de la "voluntad popular" de aquellos a los que sirve, y no puede olvidar tener *una función de administrar en*

nombre del Señor. Es el primer responsable de la fidelidad al Evangelio y al carisma del instituto y debe ayudar a todos a caminar a esta luz.

- Con este objetivo, debe saber *compartir responsabilidades, problemas, informaciones y los proyectos*, en modo a motivar a los demás y crear comunión en torno a la misión. De este modo, encontrará, en las opiniones y sugerencias de los demás, apoyo y seguridad para las decisiones a tomar y hará de su servicio un centro de unidad y vitalidad misionera de la comunidad.
- *La humildad* necesaria para el ejercicio de la autoridad no está en el hacer confesiones públicas e hipócritas de la propia incapacidad para el encargo, aceptado "solo tras mucha insistencia y con mucho sacrificio". La humildad de los "siervos inútiles" de la parábola no está en el decir que no saben o no son dignos de lo que se les pide. Lo que el Señor les pide es que pongan a servicio lo que son, saben y pueden. ¡Nada más! Ser humilde en el ejercicio de la autoridad no es una cuestión de declaraciones; se traduce en actitudes concretas de alguno que sabe que es débil, poco preparado, lleno de dudas y, por eso, no se cansa de pedir la ayuda de Dios y de lo que tiene alrededor, esforzándose en suplir los propios límites con el estudio, el trabajo y la dedicación completa a cuanto se le pide. Con estos humildes, ¡Dios hace grandes cosas!
- No obstante todas las buenas intenciones y esfuerzos, nadie está exento de cometer errores y sufrir el temor, el peso y, tantas veces, el dolor de las propias decisiones, sobre todo cuando son otros a pagar las consecuencias. Es importante saber integrar también este doloroso elemento en la propia vida de servicio, sin dejarse caer en la frustración y en el desánimo, pero mucho menos en la insensibilidad irresponsable o en la defensa de lo indefendible. La honestidad ante Dios y los hermanos/as comporta también el reconocimiento de los errores y de las decisiones equivocadas. Con estas disposiciones, a veces, Dios puede también escribir derecho ¡en renglones torcidos!

Quisiera mencionar aún *dos actitudes a evitar* en el estar al servicio de los demás como autoridad:

- No caer en la seductora tentación del "*victimismo*" de la autoridad, que lleva a la persona a sentirse y sobre todo a dar la impresión de estar sobre el punto de ser aplastada bajo el peso de la responsabilidad, cual Atlante con la gravosa tarea de llevar sobre las espaldas el mundo. A menudo esta actitud, además de provocar úlceras en la propia persona y en las que la rodean, sirve de muro para alejar críticas y observaciones (por miedo a agravar la ya pesada carga del superior), cerrando a quien pide en un enfermizo e intocable aislamiento. Esto impide sobre todo que se cree el clima de libertad, participación y alegría que debe caracterizar el servicio en la casa del Gran Señor.
- Una idea frecuentemente transmitida es la de la *soledad de la autoridad*. No es un sentimiento irreal y existe verdaderamente una soledad necesaria y ennoblecedora en cada persona, que le permite interiorizar, meditar y tomar las propias decisiones de modo autónomo, responsable y personal. Pero no hagamos de esta soledad la trágica afirmación de un aislacionismo autoritario. Si crecen las responsabilidades, debe crecer también la colaboración, el compartir, la corresponsabilidad y sobre todo la confianza en la presencia del Espíritu de Dios.

Y *tres actitudes fundamentales*, incurriendo incluso en el riesgo de repetir cuanto ya ha sido dicho sobre el tema:

- Quien preside debe ser *generador de fidelidad, fraternidad, alegría y esperanza*. Debe ser realista en el análisis de los problemas y de las dificultades, pero igualmente confiado en la presencia y en la acción del Espíritu. La esperanza debe, sin embargo, ser tras-

formada en una estrategia de pequeños pasos que lleven a la transformación de la realidad.

- *El amor es la suprema ley del actuar*, particularmente en el servicio de la autoridad. Todos los planes, evaluaciones, estrategias y acciones deben tenerlo como principio supremo, tanto en la relación con los miembros de la comunidad, como en el desarrollo de la misión.
- *Abandonarse en las manos de Dios*. Si hemos sido llamados a desarrollar este servicio, de una cosa podemos estar absolutamente seguros: Dios no nos faltará con su presencia y ayuda. Cuando hayamos hecho todo lo que es posible, teniendo en cuenta nuestras faltas y límites, incluso la colaboración de los hermanos/as, debemos confiar la comunidad que servimos y nuestra misma persona al Gran Señor de la casa. Entonces nos sentiremos libres para dedicar al servicio de nuestra misión todo lo que somos y tenemos, con serena y operosa alegría, hasta el día en que entregaremos totalmente la vida en las manos del Padre que nos la ha ofrecido.

Todo esto tiene un camino y un modelo en la persona misma de Jesús que continúa invitando: *Venid a mí, todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os daré descanso. Cargad sobre vosotros mi yugo y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón* (Mt 11,28s).

Concluyo con una parábola sobre la actitud de vigilante y creadora esperanza que nos debe acompañar en la escucha del Espíritu y en la búsqueda de nuevos caminos para la Iglesia y la VC en nuestros días³.

El regreso del pastor

Un gran señor tenía un numeroso y fecundo rebaño. Habiendo organizado y previsto pastores para cuidar las ovejas, partió de viaje a otras tierras, para ocuparse de otros rebaños.

Un día volvió y fue a ver su primer rebaño. Observó que habían sustituido el rudo cerco de madera del antiguo ovil con un alto y elegante muro bien ornamentado, construido nuevos y más cómodos alojamientos, estructurado y automatizado los cuidados de las ovejas, a fin de que no les faltase nada e incluso habían exportado el modelo a otras tierras, donde había tenido éxito. Pero, abriendo el pesado y majestuoso portón, el señor encontró el patio medio vacío. En el piso superior, un grupo de pastores, muy nerviosos, discutía las razones de la crisis y sus posibles soluciones, mientras abajo, en el amplio patio, otros pastores trabajaban, ocupados con toda clase de servicios, ayudados por algunas ovejas, la mayoría de edad avanzada, que balaban lo mejor que sabían, intentando animar a un grupo de corderillos, que tenían el ojo siempre fijo en la puerta.

Yendo a ellos, preguntó:

— ¿Dónde están los demás? Y vosotros, ¿por qué no os habéis ido?

Algunos lo reconocieron y, con una mezcla de nostalgia, alegría y nueva esperanza, respondieron:

— Estábamos esperando. Sabíamos que volverías.

Los miró con ternura y, por su corazón, hizo pasar los nombres de cada uno de ellos, porque los conocía a todos. Después, llamó a los pastores junto a las ovejas y criticó su miedo y falta de iniciativa, mientras infundía en su corazón un nuevo ánimo:

— ¿No os dais cuenta de que esos muros y esas estructuras, que os dan tanta sensación de seguridad, fuerza y comodidad, impiden que la voz del pastor y el balido de las ove-

³ Presentado en el Congreso misionero nacional de Fátima, Portugal, 3-7 de Septiembre de 2008.

jas que están dentro legue a las que están fuera y que vosotros mismos os deis cuenta de lo que ocurre en el resto del mundo? Salid; venid conmigo; ¡abrid las puertas! Cuando abrieron, el grupo dudó, golpeado por una impetuosa ráfaga de viento, que traía olores e invitaciones de otros campos y de otras ciudades. Algunos observaron, aún temerosos, que eran pocos, pero él respondió:

— En mi primerísimo rebaño eran muchos menos. Ningún rebaño es demasiado pequeño si sigue al buen pastor que le da la vida. Vosotros, pastores, elevad bien fuerte mi grito, pero haced también coro con las ovejas. Haced oír juntos vuestro canto y haced notorio que he vuelto. Otros escucharán y se unirán a vuestras voces.

Y partieron, recorriendo calles y plazas, gritando y balando, a la búsqueda de las ovejas que se habían perdido y de otras que nunca habían sentido aquella música.

Con sorpresa, se dieron cuenta de que aquí y allá había grupos que cantaban partes de las melodías de siempre del rebaño, aun no conociendo el origen, y habiendo introducido variaciones, algunas más apropiadas que otras. Y comenzaron a constatar que, sin perder la entonación original, era posible formar nuevos coros y melodías, que curaban las heridas del cuerpo y del alma e infundían alegría, fuerza y esperanza en el corazón de la gente.